

1

Lo peor del Estado del Bienestar no es que desperdicie dinero, ¡que lo hace!, sino que desperdicia personas.

MARK STEYN

¿Cómo definir al Estado de Bienestar? Como aquellos gobiernos (que son las encarnaciones de los estados) a los que se les encomienda la satisfacción de, por lo menos, las necesidades básicas de todos los gobernados, definidas estas como aquellas que, de quedar insatisfechas, atentan, o en contra de la salud y la vida del ser humano, o en contra de la posibilidad de elevar el nivel de bienestar. Entre las primeras se encuentran la alimentación y la atención médica; entre las segundas, la educación.

El Estado de Bienestar, que se encarna en el gobierno hada madrina, cuya pretensión es concedernos los bienes indispensables para la vida, es el que entiende que su tarea es la satisfacción de necesidades, motivo por el cual se concibe como socialista, no mercantilista, no liberal. Liberal es el gobierno cuya tarea es garantizar derechos; mercantilista aquel cuya tarea es defender intereses (siempre pecuniarios); socialista aquel cuya tarea es satisfacer necesidades; los gobiernos socialista y mercantilista tienen como común denominador el ser redistribuidores, es decir, el quitarle a unos para darle a otros; redistribución que no es propia del gobierno liberal, ya que al garantizar derechos (que si verdaderamente lo son, comenzando por los naturales, son de todos) no le quita nada a nadie.

El Estado de Bienestar, encarnado en el gobierno hada madrina, cuya pretensión es concedernos los bienes indispensables para la vida, es incapaz de darle todo a todos, de tal manera que termina dándole algo a algunos, siendo que ese algo que le da a algunos previamente se lo tuvo que haber quitado a otros, no

teniendo otra manera de operar, razón por la cual es esencialmente redistribuidor: obliga a unos a entregarle parte del producto de su trabajo para dárselo a otros.

Más allá de la arbitrariedad que supone la redistribución hay que tener presente, tal y como señala Steyn, que el Estado de Bienestar, en cualquiera de sus presentaciones, echa a perder a la gente, y ello por una razón muy sencilla: la hace irresponsable, y ello con relación a lo más importante en la vida del ser humano: la satisfacción de las necesidades básicas, en primer lugar, y la obtención de las condiciones indispensables para elevar el bienestar, en segundo término. El Estado de Bienestar le dice al ciudadano «beneficiado»: «Tú no te preocupes que aquí estoy yo ¡que soy tu Estado de Bienestar!, para atender tus necesidades más apremiantes, ¡y hasta las que no lo sean tanto!, nada de lo cual es tu responsabilidad sino la mía. ¡Déjalo en mis manos!».

El Estado de Bienestar mantiene al ciudadano «beneficiado» en estado de niñez, inmadurez, dependencia, irresponsabilidad y, resultado de todo ello, de cinismo, sin olvidar la condición de engañado, al hacer por él lo que él por sí mismo no haría: robar. ¿A qué me refiero? Al hecho de que la redistribución, condición de posibilidad del Estado de Bienestar, es un robo por el cual el gobierno obliga a unos, cobrándoles impuestos, a entregarle parte del producto de su trabajo para entregárselo a otros, ¡los engañados!, quienes muy probablemente, si tuvieran que imponer directamente ellos mismos esa obligación sobre los demás, no lo harían, ya que todo ello es un robo. Si yo no estoy dispuesto a robar, ¿debo dejar que el gobierno lo haga por mí? Y si el gobierno lo hace, y yo no soy consciente de que lo hace, ¿no me está engañando?

Recordemos: nadie tiene el derecho de hacer, por intermediación de terceros, lo que directamente no tienen derecho a hacer.

Por ello, pongamos el punto sobre la i.

2

El gran problema con la izquierda honesta es su absoluta y obstinada negación a aprender los principios más básicos de la economía.

ROD ROJAS

Lo que dice Rojas es cierto; uno de los comunes denominadores de la izquierda es su ignorancia en materia de economía, ya se trate de la izquierda agrupada, por ejemplo, en la socialdemocracia, ya, en el otro extremo, de la que se identifica con el marxismo revolucionario (en términos generales, el marxismo es, tal y como en su momento lo demostró Eugen von Böhm-Bawerk en su obra clásica *Capital e interés*, un conjunto de ocurrencias y disparates, no de verdades científicas).

Sin embargo, y suponiendo que esa izquierda que Rojas adjetiva como honesta aprendiera los más básicos principios de la ciencia económica (por ejemplo, la escasez), y comprendiera lo que de ellos se deriva (por ejemplo, que no todo alcanza para todos y menos en las cantidades que cada uno quisiera; en pocas palabras: el coste de oportunidad), aun así persistiría el principal problema de la izquierda, que no es otro más que el común denominador que la identifica: su propósito expropriatorio, es decir, su gusto por la redistribución de la riqueza, como si la riqueza fuera un don de Dios, a disposición de todos los seres humanos, susceptible de ser repartida entre todos en función de criterios que pueden ir desde la igualdad hasta la garantía de un mínimo de bienestar, de la misma manera que, entre todos los comensales, se reparten las rebanadas del pastel. La riqueza no es un don de Dios (no depende de la creación divina), sino consecuencia del trabajo humano (es el efecto de la creatividad humana), de tal manera que, de entrada, como consecuencia del

acto productor del ser humano, esa riqueza, la producida por X, es propiedad de X.

Insisto: la riqueza producida por X es propiedad de X; riqueza que puede ser desde el salario del trabajador (ingreso generado al cooperar en la producción de bienes y servicios) hasta la utilidad del empresario (ingreso generado por haber respondido correctamente las preguntas ¿qué producir? y ¿cómo producirlo?); propiedad que obliga a preguntar qué justifica que el gobierno, ¡porque siempre es el gobierno!, obligue, vía el cobro de impuestos, al gobernado a entregarle parte del producto de su trabajo, es decir, parte de la riqueza que produjo, con el fin de dársela, en efectivo o en especie, a alguien más, siendo que en eso, en la redistribución, consiste el común denominador de la izquierda; redistribución que no es otra cosa más que un robo con todas las de la ley, de lo cual concluimos que la izquierda es amiga de lo ajeno; razón por la cual resulta un tanto difícil calificarla de honesta.

La izquierda, ¡toda!, es por esencia deshonesta, y no por el fin que persigue —que los seres humanos vivan mejor—, sino por el medio que propone para conseguirlo: la redistribución de la riqueza, no su producción; redistribución que supone obligar a unos, bajo amenaza de sanción, a entregar parte de su riqueza, es decir, del producto de su trabajo, para dársela a otro (sin olvidar la «comisión» que el redistribuidor cobra por hacer su trabajo), lo cual, sobre todo por lo de *obligación bajo amenaza de sanción*, coincide con la definición de robo. ¿Conclusión? La izquierda es amiga de lo ajeno.

Podemos hablar de una izquierda inteligente: la que ya entendió que, para que la redistribución sea la mayor posible, se requiere que la producción de riqueza sea también la mayor posible, y que para lograr esto último se necesita de la economía de mercado, al menos en su primer momento, el del *laissez faire* (dejar hacer), con el fin de que una vez que la producción de

riqueza haya sido la mayor posible aparezca el redistribuidor, cuya primera tarea es la recaudación de impuestos, los mismos que, ya recaudados, se redistribuirán entre los beneficiarios de esa expropiación legal, con lo cual, y por lo cual, se viola el segundo momento de la economía de mercado, el del *laissez avoir* (dejar poseer), razón por la que la misma deja de ser economía de mercado, cuyos dos pilares son la libertad individual (*laissez faire*) y la propiedad privada (*laissez avoir*). ¿Conclusión? La izquierda es incompatible con la economía de mercado, es decir, con la libertad individual y la propiedad privada.

Por ello, pongamos el punto sobre la i.

3

La política es una ciencia. Uno puede demostrar que está en lo correcto y que los otros están mal.

JEAN-PAUL SARTRE

Yo no sé, y no lo voy a averiguar en estos momentos, si, como afirma Sartre, la política es una ciencia, por más que se le llame Ciencia Política. No creo que la política cuadre en mi definición favorita de ciencia, que es la aristotélica, y que es mi preferida por considerarla la menos excluyente, y que afirma que la ciencia es *conocimiento cierto por causas*, y por causas universales. No creo que la política, entendida como aquello que hacen los políticos, pueda ser objeto de conocimiento científico, lo cual no quiere decir que resulte imposible, si se cumplen ciertas condiciones, ¡y en dicho cumplimiento está el problema!, que uno pueda, en materias relacionadas con la política, demostrar que tiene la razón y que quienes sostienen la posición contraria están equivocados. Pero todo ello, insisto, ¡si se cumplen ciertas condiciones!, repitiendo que en dicho cumplimiento está el problema.

¿Cuál es la condición que se tiene que cumplir para que uno, que defiende la posición X, pueda demostrarle a otro, que defiende la posición Y, que está equivocado? Que tanto X como Y estén de acuerdo en el fin último de la política, en general, y todavía más importante, en el fin último del gobierno. Si se está de acuerdo en el fin, entonces la discusión se circunscribe al tema de los medios y/o de ciertas acciones, y a ese nivel sí se puede demostrar que una posición es la correcta al tiempo que la otra está equivocada.

Supongamos que, como buenos liberales, estamos de acuerdo en que el fin del gobierno debe ser garantizar la seguridad contra la delincuencia y, de fallar en el intento, impartir justicia, y que garantizar la seguridad contra la delincuencia supone defender los derechos naturales de las personas a la vida, la libertad y la propiedad. Si aceptamos ese fin resulta fácil demostrar que la redistribución del ingreso, es decir, el gobierno obligando a unos a entregarle parte del producto de su trabajo a otros, es una actividad contraria al mentado fin. De hecho, es su antítesis, porque el gobierno está haciendo lo que debería evitar.

El problema surge cuando alguien (por ejemplo, un liberal) cree que el fin del gobierno, y al final de cuentas también de la política, es garantizar los derechos a la vida, la libertad y la propiedad, mientras que otro (por ejemplo, un socialista) lo que cree es que el fin del gobierno, y por ello también de la política, es satisfacer necesidades, al tiempo que uno más (por ejemplo, un mercantilista) está convencido de que la tarea del gobierno, y por ende de la política, es defender intereses pecuniarios. El liberal se opondrá a las políticas redistributivas del socialista y a las medidas proteccionistas (que tienen efecto redistributivo) del mercantilista, de la misma manera que el mercantilista y el socialista se opondrán a que el gobierno se limite a garantizar la seguridad contra la delincuencia y, de fallar, ¡falla que ocurre a menudo!, impartir justicia.

Esencialmente, un gobierno puede hacer tres cosas: garantizar derechos (gobierno liberal), satisfacer necesidades (gobierno socialista) y defender intereses (gobierno mercantilista), y resulta difícil que liberales, socialistas y mercantilistas se pongan de acuerdo, lo cual no deja de ser un tanto sorprendente porque se puede demostrar que tanto el socialismo como el mercantilismo suponen el robo legal, es decir, el gobierno, directamente en el caso del socialismo, o indirectamente por medio de los privilegios que otorga en el caso del mercantilismo, quitándole a unos para darle a otros; afirmación que me debe llevar a reconsiderar lo dicho en un párrafo anterior, en el sentido de que, para demostrar que X tiene razón y que Y no la tiene, se requiere que tanto X como Y estén de acuerdo en el fin último de la política, en general, y del gobierno, en particular.

Por ello, pongamos el punto sobre la i.

4

Síntoma de vitalidad de una economía es la constante desaparición de negocios, reemplazados por otros mejores.

MANUEL SUÁREZ

Una buena manera, la de Suárez, de enunciar lo que Schumpeter llamó el proceso de destrucción creativa, por el cual lo bueno sustituye a lo malo, lo mejor desplaza a lo bueno, y lo excelente saca del mercado a lo mejor; proceso de destrucción creativa que tiene que ver con la dimensión cualitativa del progreso económico, definido como la capacidad para producir más (dimensión cuantitativa), y mejores (dimensión cualitativa) bienes y servicios, para un mayor número de gente (dimensión humana), al grado de poder afirmar que el progreso económico, así definido,

es sinónimo de destrucción creativa, consistiendo lo creativo en la invención de mejores maneras de satisfacer las necesidades de los consumidores, y lo destructivo en la desaparición, del mercado, de los bienes y servicios que han sido sustituidos por otros mejores, todo lo cual es muestra de economía (hacer un mejor uso de los factores de la producción), de productividad (hacer más con menos), pero sobre todo de competitividad (hacerlo mejor que los demás), en beneficio de los consumidores (consiguen, no solamente más bienes y servicios, sino mejores bienes y servicios, ofrecidos a menor precio, con mayor calidad y mejor servicio) y de los empresarios (en la medida en la que cuanto mejor sirvan al consumidor mayores serán sus ganancias).

¿Quién es el motor del progreso económico? ¿Quién es la causa eficiente del proceso de destrucción creativa? ¿A quién se le debe esa vitalidad, esa constante desaparición de negocios reemplazados por otros mejores? Al empresario capaz de inventar mejores maneras de satisfacer las necesidades de los consumidores; capaz de reemplazar negocios buenos por otros mejores; capaz de poner en marcha el proceso de destrucción creativa; capaz de iniciar y mantener, a lo largo de un camino que parece no tener fin, y por un tiempo que parece ser infinito, el progreso económico.

¿De quién es la capacidad con la que se inicia la definición de progreso económico? Del empresario. ¿En qué consiste esa capacidad? En el poder para inventar mejores maneras de satisfacer las necesidades de los consumidores. ¿Qué supone esa capacidad? El poder para beneficiar a los consumidores, el poder para elevar su nivel de bienestar, el poder para ayudarlos a vivir mejor.

Dicho todo lo anterior, ¿de quién depende, en primera instancia, esa vitalidad de la que habla Suárez? Del empresario, capaz de iniciar y mantener, a lo largo de un camino que parece infinito, y por un tiempo que parece no tener fin, el progreso económico; capaz de reemplazar negocios buenos por otros mejores; capaz de poner en marcha el proceso de destrucción creativa; capaz de

inventar mejores maneras de satisfacer las necesidades de los consumidores. Del empresario capaz de beneficiar, en la búsqueda de su ganancia, a los consumidores, sin olvidar que consumidores somos todos.

Ante el proceso de destrucción creativa, ¿qué debe hacer el gobierno? En primer lugar no impedirlo (por ejemplo: no imponiendo medidas mercantilistas de protección a la industria nacional) y, en segundo término, facilitarlo (por ejemplo: redactando y promulgando una ley de quiebras eficaz). ¿Nada más? ¡Nada más!, para lo cual se debe tener claro que, si lo «feo» de dicho proceso es la parte de la destrucción (contra la cual muchos empresarios piden ayuda al gobierno), lo «bonito» es la parte de la creatividad (a favor de la cual están los consumidores), sin olvidar que la condición para lo segundo (que haya mejores mercancías en los mercados) es lo primero (que desaparezcan los bienes y servicios no tan buenos).

Por ello, pongamos el punto sobre la i.

5

No hay fe más persistente e influyente en el mundo hoy que la fe en el gasto gubernamental.

HENRY HAZLITT

¿Hasta qué punto, lo dicho por Hazlitt, es verdad? Para responder basta revisar los presupuestos de egresos de los gobiernos, mismos que reflejan la idea de que éste, el gobierno, es capaz de luchar en contra de todos los males, y de combatir a favor de todos los bienes, combate y lucha que, ¡obviamente!, requieren que el gobierno gaste, gasto gubernamental que, ¡innegablemente!, requiere ser financiado, financiamiento que, ¡sin duda alguna!,

hoy, mañana o pasado mañana, de una u otra manera, sale del bolsillo de los contribuyentes.

¿La producción de bienes y servicios no crece? Que el gobierno gaste más. ¿El desempleo no cede? Que el gobierno gaste más. ¿El mercado interno está estancado? Que el gobierno gaste más. ¿La economía se encamina a la recesión? Que el gobierno gaste más. ¿Pese a ese mayor gasto gubernamental la economía cayó en la recesión? Que el gobierno gaste aún más. ¿Pese a ese mayor gasto del gobierno la economía no responde y sigue en recesión? ¡Claro, el aumento en el gasto del gobierno fue insuficiente! ¿Solución? Que el gobierno gaste aún más. ¿Hay que incentivar la cultura y las artes? Que el gobierno gaste más. ¿Hay que promover el deporte? Que el gobierno gaste más. ¿La gente tiene que comer, que curarse, que educarse? Que el gobierno gaste más. ¿La gente necesita casa, transporte, recreación? Que el gobierno gaste más. ¿De qué depende el crecimiento económico, el desarrollo social, el bienestar de la gente? Del gasto del gobierno. ¿De qué depende un mayor crecimiento económico, un mayor desarrollo social, un mayor bienestar de la gente? De que el gobierno gaste más. ¿Cuál es la varita mágica? El gasto del gobierno. ¿En qué consiste una varita mágica más eficaz? En mayor gasto gubernamental.

El gobierno, además de ser gobierno, y de garantizar la seguridad contra la delincuencia, y de fallar impartir justicia, puede ser ángel de la guarda, y como tal defendernos de todos los males, comenzando por aquellos que podemos hacernos a nosotros mismos, y también puede ser hada madrina, y como tal concedernos todos los bienes, de ser posible desde la cuna hasta la tumba. ¿Y qué suponen los gobiernos ángel de la guarda y hada madrina? Que el gobierno gaste más y, ¡consecuencia inevitable!, que hoy, mañana o pasado mañana, de una u otra manera, recaude más impuestos. (Lo que le permite al gobierno posponer la recaudación de más impuestos para financiar un gasto mayor es

la contratación de deuda, misma que, al momento de liquidarse, demanda el cobro de más impuestos).

¿Exagera Hazlitt al firmar que no hay fe más persistente e influyente en el mundo hoy que la fe en el gasto gubernamental, y por lo tanto en la acción del gobierno como solución a los problemas? Para responder basta atender a las promesas que cualquier candidato en campaña, aspirante a un puesto de elección popular, le hace a sus electores potenciales, promesas más propias de ángeles de la guarda y hadas madrinas que de gobernantes. ¿Necesitan escuela? Allí estará. ¿Necesitan clínica? Allí estará. ¿Necesitan carretera? Allí estará. ¿Y qué supone cada *allí estará*? Gasto del gobierno. ¿Necesitan más trabajos? Los tendrán. ¿Necesitan ganar más? Lo conseguirán. ¿Necesitan comenzar a ahorrar? Lo lograrán. ¿Y qué supone cada *lo tendrán*, cada *lo conseguirán*, cada *lo alcanzarán*, dicho por un político en campaña electoral? Gasto gubernamental.

Esa fe, a la que se refiere Hazlitt, ¿es una fe de hoy o de siempre? Una buena manera de responder es comparando el presupuesto de egresos de un gobierno de hoy con el presupuesto de egresos de un gobierno de hace cien años. Apuesto doble contra sencillo: menor gasto del segundo, el gobierno de hace cien años, comparado con el del primero, el gobierno de hoy.

Por ello, pongamos el punto sobre la i.

6

Del hecho de ser lo que somos, no se sigue necesariamente que debamos ser lo que somos.

NORIAKI IWASA

El ámbito de la libertad no es el del ser, sino el del poder ser y, más importante, el del deber ser. La libertad, definida como la

capacidad del ser humano para decidir y elegir, y todavía más importante, para decidirse y elegirse, sobre todo frente al ser, frente a lo que ya es, es igual al poder que tiene el ser humano para introducir novedades en el mundo (como claramente lo vio Carlos Llano y de lo cual Sartre extrajo consecuencias dramáticas: la libertad es una especie de maldición que nos enfrenta a la nada, de la cual el ser humano debe «extraer» su esencia), facultad para insertar esas novedades que supone ir más allá de lo que ya es, y de hacerlo, o en función de lo que se puede hacer (las novedades que se *pueden* introducir en el mundo), o en función de lo que se debe hacer (las novedades que se *deben* introducir en el mundo), correspondiendo lo primero (el poder) al ámbito de la técnica, y lo segundo (el deber), al de la ética, siendo que lo primero (el poder técnico) debe estar subordinado a lo segundo (el deber ético).¹

Buen ejemplo de la libertad definida como el poder del ser humano para introducir novedades en el mundo lo tenemos en el progreso económico, definido como la capacidad, entre otras, para producir mejores bienes y servicios, servicios y bienes que, precisamente por ser mejores, son, al momento de ofrecerse por primera vez a los consumidores, novedades, algo nuevo, nunca antes producido y ofrecido, productos que van más allá del ser, es decir, de lo que hasta ahora ha sido. Se trata de lo que Schumpeter llamó el proceso de destrucción creativa: se crean (por ello lo de *creativa*) mejores productos que desplazan del mercado a los ya no tan buenos (por ello lo de *destrucción*). ¿Cuál es la condición de todo ello? La libertad definida, precisamente, como el poder de ser humano para introducir novedades en el mundo, novedades que, por ser no solamente eso, algo nuevo, sino sobre todo algo mejor, se convierten en lo esencial

¹ Con relación a esta subordinación léase la interesante novele *El genio*, de Dieter Einfeld.

del progreso económico, que supone, no solamente producir más bienes y servicios, sino producir mejores servicios y bienes que eleven el bienestar de los consumidores, que mejoren su nivel de vida.

¿Qué quiere decir todo lo anterior? Que el ser humano no se encuentra totalmente predeterminado por el ser, por lo que ya es, sino que, en buena medida, se puede autodeterminar hacia el poder ser, o hacia el deber ser, lo cual quiere decir que en todo momento el ser humano es lo que ha venido siendo y que será lo que decida ser, de tal manera que el presente es ese tiempo de tensión entre la predeterminación, que viene del pasado, y la autodeterminación, que apunta hacia el futuro, predeterminación que no es total, autodeterminación que no es omnipotente, de tal forma que *soy lo que he sido y, a partir de ello, ¡no de cero!, seré lo que decida ser.*

El ser humano nunca está totalmente predeterminado por su pasado, lo cual no quiere decir que superar esas predeterminaciones, y por ello autodeterminarse hacia el futuro, sea juego de niños: puede no serlo y resultar por demás difícil. Pero como lo apunta Iwasa: *del hecho de ser lo que somos, no se sigue necesariamente que debemos ser lo que somos, ni mucho que debemos seguir siendo lo que somos, sobre todo cuando ese ser es contrario al deber ser, sin olvidar que el primer deber ser del ser humano es el de ser cada vez mejor, y que mientras haya vida esa posibilidad es real. El ser humano no es perfecto, y por ello es perfectible, algo que, bien pensado, es mejor, porque así siempre habrá algún deber ser por el cual luchar.*

Por ello, pongamos el punto sobre la i.